

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Lévi-Strauss: Montaigne y América

Nadie más que el autor de los "Ensayos" pudo prever la revolución que el conocimiento del Nuevo Mundo había de provocar en todos los campos del saber. Este año, en que se celebra el quinto centenario del descubrimiento de América, coincide también el cuarto centenario de la muerte de Montaigne. Es una coincidencia simbólica para Lévi-Strauss, que dice que filósofo o pensador alguno tocó ni de refilón lo que podía suponer tal descubrimiento en las ideas filosóficas, políticas y religiosas del Viejo Continente.

“Hasta aquel momento la opinión pública, incluso entre gente culta, no parecía turbada en absoluto por la noticia dramática de que ellos representaban desde entonces algo así como la mitad del género humano.” Es ahora Montaigne el que escribe: “El descubrimiento de una infinita extensión de tierra firme y no una isla o una región limitada no representaba para mucha gente nada sorprendente: pensaban en el Edén, en la Atlántida, en el jardín de las Hespérides o en las islas Afortunadas”. Se volvía, pues, a la Biblia, o a los mitos griegos y latinos. Así se dio la absurda situación de considerar que el descubrimiento era un capítulo más del renacimiento, ni siquiera tan importante como la vuelta al mundo antiguo a través del conocimiento de las obras de clásicos griegos y latinos.

Nacido en 1532, Montaigne empezó muy pronto a reflexionar y a recoger información sobre el Nuevo Mundo. Sus fuentes fueron dos: los cronistas de Indias españoles y los escritos de una expedición francesa a Brasil. Con alguno de los expedicionarios pudo hablar personalmente, e incluso ver a un selvático del Amazonas que uno de los expedicionarios tenía en Rouen. Por tales fuentes percibió Montaigne que había dos grandes culturas, la de México y la de Perú, en todo opuestas a los habitantes de las tierras bajas de Brasil y de la América tropical. Aztecas e incas presentaban ciudades de alta densidad y de una organización política, magníficas ciudades y arte refinadísimo, en modo alguno inferiores a las or-



AVALLONE

ganizaciones europeas; y, por el contrario, las tribus diseminadas y pequeñas, dedicadas a la agricultura de recolección de frutos y fabricantes de rudimentarios utensilios, no muy inferiores que los de las grandes civilizaciones. Y sorprende a Montaigne, según Lévi-Strauss, que con tan poco desarrollados medios pueda fundarse una civilización, una vida comunitaria que perdure en el tiempo y que asegure una cohesión humana.

Parece que el pensamiento de Montaigne se orienta en dos direcciones: los selváticos de Brasil o, como él los llama, “mis caníbales” —aunque en realidad no lo eran—, le hacen preguntarse: ¿Cuál es la naturaleza del vínculo social? Encontramos esbozos a esta pregunta en sus “Ensayos”. Lo que sí es indudable es que, sólo formulando tal pregunta, Montaigne pone sobre la mesa las bases teóricas sobre las que Hobbes, Looche y Rousseau construirían la filosofía política de los siglos XVII y XVIII. La continuidad del salto directo entre Montaigne y Rousseau es clara: el “Contrato

social” procede de una reflexión de Rousseau que trata de este asunto, su libro “Discurso sobre el origen de la desigualdad”. Lévi-Strauss dice ver una línea de pensamiento que desde Montaigne a Rousseau desemboca en las doctrinas políticas que hicieron posible la revolución francesa. He escrito antes que el pensamiento de Montaigne se orienta en dos direcciones, y hemos visto que la primera se la provoca el pensar en las selváticas tribus de América. Los aztecas y los incas son otra cuestión, puesto que su nivel de civilización, les hubiesen hecho llegar, de no irrumpir los españoles, a un nivel cultural parecido al de los griegos o romanos.

Pero las corazas, las armas blancas y de fuego de los españoles no las poseían ellos. Montaigne señala que una civilización puede y suele presentar discordancias internas: entre civilizaciones, existen también las externas, que como en el caso del armamento o de la alimentación, pueden inclinar la balanza hacia una de ellas, no necesariamente la más culta.

El Nuevo Mundo facilita muchos ejemplos de semejanza entre sus usos y los nuestros, tanto presentes como pasados. El desconocimiento mutuo entre las civilizaciones de ambos lados del Atlántico excluye posibles influencias, ya que los usos son muy distintos y hasta contrapuestos: de este modo a Montaigne le parece imposible, entre esas culturas americanas y la nuestra, descubrir cualquier clase de fundamentos naturales. Y es en este punto en el que Lévi-Strauss cree ver dos soluciones en el pensamiento de Montaigne: la primera sería remitirse al tribunal de la razón, según el cual todas las sociedades pasadas o presentes, cercanas o lejanas, pueden ser definidas como bárbaras en cuanto su desacuerdo, que sólo tiene como fundamento la costumbre; la segunda solución sería pensar que se llama bárbaro —extranjero, extraño— a todo lo que no está de acuerdo con los usos del que habla o piensa, y también a sus sociedades. En la primera hipótesis ningún uso puede justificarse, y en la segunda todos los usos encuentran justificación.

La severa educación de Montaigne, cuyo preceptor alemán sólo se dirigía a él en latín, y su absoluta dedicación, a partir de 1569, a es-

cribir sus “Ensayos” en sus sucesivas ediciones, sólo interrumpidos cuando tuvo que desempeñar diferentes cargos políticos, siempre afirmaba que el saber humano tiene que permitir a todos hallar un arte de vivir razonablemente, ya que todos los hombres llevan en su interior “la forma entera de la condición humana”. Estos supuestos en los que siempre creyó, le llevaron a pensar en las civilizaciones de América, y también, como se ha visto, sobre todas las civilizaciones. Montaigne abre, de este modo, dos perspectivas al pensamiento filosófico que, según Lévi-Strauss, aún hoy ninguna de ellas ha sido escogida definitivamente. Por un lado la filosofía de las Luces, que somete todas las sociedades históricas a la crítica y que acaricia la utopía de una sociedad racional. De otra parte, el relativismo, que aparta cualquier criterio absoluto en base al cual una cultura puede sentirse autorizada para emitir un juicio sobre otras culturas diferentes. Después de Montaigne, Lévi-Strauss asegura que nunca se ha dejado de buscar una vía de salida a los dos modos de entender la sociedad. Sólo ciertos pensadores y políticos sí se han ocupado y otros no, eligiendo tipos de sociedad más acordes a la dictadura o a la democracia.

Este año 1992, en el que se conmemora el descubrimiento de América, es bueno que Lévi-Strauss nos redescubra a Montaigne. Es importante pensar que el Nuevo Mundo no sólo ha procurado, en el plano material, productos alimenticios, industriales o medicinales que han transformado radicalmente nuestra civilización.

Nos ha traído el origen, gracias a Montaigne, de ideas que continúan alimentando nuestra reflexión, y problemas filosóficos que él ha sido el primero en plantear. Para el pensamiento contemporáneo no han perdido todavía intensidad ni validez, sino todo lo contrario. Pero desde hace cuatro siglos es importante apostillar que nadie ha conseguido analizar estas cuestiones de un modo más profundo y luminoso que como lo hizo Montaigne en sus “Ensayos”. Fue un hombre sincero, culto e inteligente, que odiaba la violencia, el fanatismo y la opresión. ●